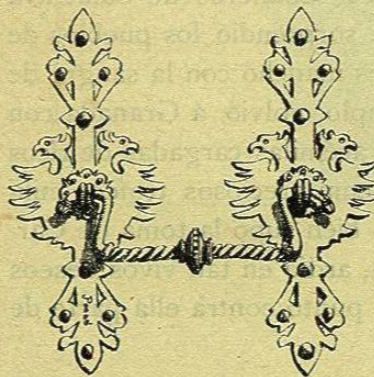




CAPÍTULO XX

Muley - Hacén. — Sus conquistas. —
Los Reyes Católicos. — Conquista y
descripción de Alhama. — Guerras
civiles de Granada. — Conquista y
descripción de Ronda. — Muerte de
Muley. — Abu-Abdala el Zagal. —
Conquista y descripción de Loja y
otros pueblos. — Boabdil.

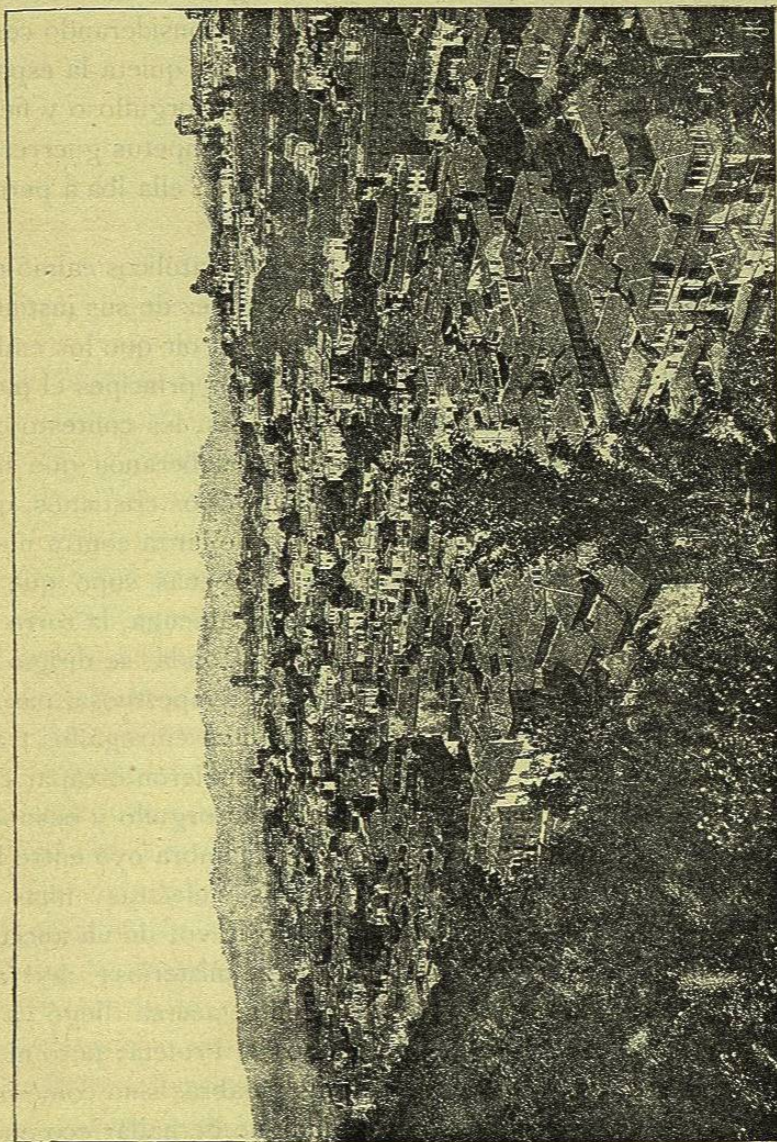
DE 1465 Á 1487



EMOS llegado al último período de
la historia de Granada. Dos reyes
van pronto á jurar la ruina de este
imperio, y los mismos árabes van
á precipitarla con terribles guerras

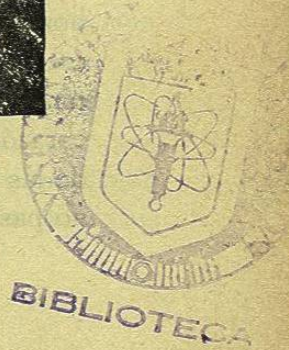
civiles. Muley-Hacén su rey, es bravo, arrogante, impetuoso, entusiasta por la causa de su patria y el trono de sus mayores; pero aunque combata desesperadamente, no logrará detener su caída. Ganará todavía batallas y entrará triunfante en su corte, elevará por un momento á nueva altura su degenerada monarquía; su reinado no será sino la última llamarada de una luz próxima á extinguirse. Pesa ya sobre Granada el dedo de la fatalidad, y hasta la misma victoria será para ella origen de nuevas desventuras.

Subió Muley-Hacén al trono cuando reinaba aún Enrique IV, y desgarraban Castilla las sangrientas parcialidades de los nobles. No perdió ni una sola vez la ocasión de pelear que le ofrecían á cada paso esas mismas turbulencias: cuando no se sentía con fuerzas para combatir ciudades, acometía de improviso los castillos de las fronteras, llevaba la desolación y la muerte al campo de sus enemigos, y mantenía en actividad el ardor guerrero de sus soldados empenándolos en escaramuzas y luchas peligrosas. Ganó en una de sus invasiones la villa de Quesada, ante cuyas murallas se estrellaron tantos ejércitos moros y cristianos; castigó con mano atrevida la rebelión de su alcaide de Málaga, que al sentirse débil buscó el apoyo de los reyes de Castilla; deseoso de vengarse de D. Enrique por haber ofrecido protección á su enemigo, atravesó á la vez las fronteras de Córdoba, Sevilla y Murcia, y las pasó á sangre y fuego sin que se atreviese nadie á detener sus pasos; entró en la comarca de Martos á pesar de los caballeros de Calatrava que la defendían, taló la campiña, sorprendió los pueblos de Santiago y la Higuera, cuyos altares manchó con la sangre de cuantos estaban orando en el templo, volvió á Granada con más de cuatrocientos cautivos, con acémilas cargadas de ricos despojos, con numerosos rebaños, con preciosos trofeos militares arrebatados al enemigo; y no bien supo la toma de Cardela por D. Rodrigo Ponce de León, ardió en tan vivos deseos de reparar la afrenta, que mandó al punto contra ella parte de



GRANADA

VISTA GENERAL



su ejército, y al verla rechazada, salió, dió vista á la plaza, la batió con la artillería que llevaba y la obligó á doblar de nuevo la cabeza ante el estandarte del Profeta. Considerando como una humillación toda derrota, no sabía dejar quieta la espada al recibir noticia de cualquier contratiempo: orgulloso y fiero, ni podía llegar á contener por momentos sus ímpetus guerreros, y habría salido á campaña aun sabiendo que en ella iba á perder la vida.

Al ceñir la corona de Castilla los Reyes Católicos calmó ese brío; pero no tardó en dejarse llevar otra vez de sus instintos de guerra y de venganza. Pidió treguas; y al oír que los embajadores cristianos le exigían en nombre de sus príncipes el pago de las parias estipuladas con sus antecesores, les contestó con arrogancia: «Volveos, y decid á vuestros soberanos que han muerto ya los reyes que pagaban tributo á los cristianos; que aquí no se labra sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.» Preparóse á la lucha, y apenas supo que el marqués de Cádiz había entrado á saco Villaluenga, la torre de Mercadillo y otros lugares de la sierra de Ronda, se dirigió en silencio á Zahara, la atacó en una noche tempestuosa, pasó á degüello á la mayor parte de sus habitantes entregados tranquilamente al sueño, cautivó á los que pudieron escapar con vida, y regresó á Granada satisfecho en su orgullo y ensobrecido con el triunfo. Al entrar en la Alhambra oyó entre las felicitaciones de los cortesanos palabras siniestras, hijas al parecer de un triste presentimiento; oyó la voz de un anciano que exclamó como impelido por una fuerza misteriosa: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Granada! la hora de su desolación se acerca: llegó ya la hora de hundirse en España el Imperio del Profeta; pero ni se estremeció ni consideró tan aterradoras palabras sino como inspiradas por un fanatismo religioso, indigno de hallar eco en el corazón de un rey á quien no logra intimidar el espantoso rumor de las batallas. Creíase invencible y despreció la profecía; pero no pasó mucho tiempo sin ver abatida su soberbia y estrellados

sus esfuerzos al pié de una de sus ciudades y contemplar en la toma de una de sus principales fortalezas el origen de su ruina y la ruina de todo el reino. Rodrigo Ponce de León, deseando ilustrar su historia con una nueva hazaña, concibió la idea de atacar la villa de Alhama, que por estar circuída de muros y precipicios parecía al abrigo de toda clase de invasiones, y por hallarse enclavada en territorio poblado de infieles abandonó San Fernando después de haber hecho flotar en lo alto de sus torres los estandartes que tantas veces había coronado la victoria. Unióse para la empresa con Diego de Merlo, asistente de Sevilla; con Pedro Enrique, adelantado mayor de Andalucía; con Pedro Zúñiga, conde de Miranda; con Juan de Robles, alcaide de Jerez y con Sancho de Ávila, alcaide de Carmona; reunió hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos; se dirigió de noche y con el mayor silencio contra el enemigo, llegó á los muros de Alhama, ordenó de pronto el asalto del castillo, se apoderó de él pasando á degüello á cuantos moros lo defendían, puso luego en alarma la villa al són de cornetas y otros instrumentos de guerra, entró con todo el ejército por una puerta que le abrieron los que acababan de ocupar la fortaleza, y, á pesar de la desesperada defensa del vecindario, de lo obstruídas que estaban las calles, de lo defendidos que estaban los hogares con numerosas saeteras, y de lo resueltos que se mostraban los infieles á morir entre las ruinas de sus casas antes que ceder al enemigo, pasó al través de cadáveres y sangre hasta los últimos confines de la villa, dejándola al fin vencida y confundida. Nada era ya inexpugnable para tan atrevido cristiano; con este hecho de armas lo puso tan de manifiesto, que logró aterrar á todo el reino y hasta al mismo Muley, que al pronto no supo sino dictar órdenes vagas y de tristes resultados.

Empeñóse, sin embargo, Muley en el recobro de Alhama. Destacó, la misma noche de haber recibido la noticia, mil de sus más valientes caballeros. Al verlos entrar al siguiente día llenos de abatimiento y tristeza, llamó á las armas todas las ciudades

de su monarquía, reunió hasta cinco mil infantes y tres mil caballos, y salió al frente del ejército con ánimo de no volver hasta que recobrase la villa y vengase en los cristianos las sombras de las víctimas. No bien hubo llegado ante Alhama cuando vió devorados por los perros los cadáveres de sus esforzados defensores: encendióse más y más en ira, y sin enterarse de los recursos con que contaban los cristianos ni tomar en cuenta los peligros á que se exponía, lanzó sus soldados á la muralla presentándoles en perspectiva el saqueo, el placer de ver pasados por la espalda á todos los castellanos. Podía convencerse á poco de cuán inútiles eran sus esfuerzos, porque caían sin cesar sus tropas precipitadas de lo alto de sus escalas bajo una lluvia de piedras, flechas y agua hirviendo; pero estaba ciego y enviaba unos tras otros los destacamentos, incitando más y más á la pelea á los que iban quedando de reserva. Pretendió infructuosamente minar y volar los muros; persuadido de la imposibilidad de alcanzarlo, quiso cortar las aguas y por este medio obligar á los cercados á morir de sed ya que no quisiesen sucumbir á la fuerza de las armas. Tropezó con nuevos obstáculos y se vió empeñado en otras luchas; pero no cejó, ni retrocedió un solo paso, y acabó al fin por lograr su intento aunque á costa de mucha sangre. Mas ni aún así alcanzó la entrega de la villa. La voz de socorro que dió desde Alhama D. Rodrigo Ponce de León resonó en toda Andalucía y aun en el centro de Castilla: la oyeron D. Alonso de Aguilar, los hermanos Girones, el conde de Cabra, Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, Martín Alonso, Garci Manrique, el conde de Buendía, el mismo duque de Medina Sidonia, de quien le separaban hacía ya mucho tiempo las más crudas rivalidades, el mismo rey Fernando, que vino precipitadamente desde Medina del Campo dejando exclusivamente á la reina los negocios del gobierno. Reuniéronse en menos de ocho días al rededor de la villa cuarenta mil peones y cinco mil caballos; y tuvo al cabo el infeliz Muley que levantar el sitio sin poder atribuir más que al rigor

de su destino los dolorosos resultados de su tenacidad, del valor de su ejército, del heroísmo con que sus soldados se arrojaron unos tras otros en brazos de la muerte.

Entró Muley en Granada entre las maldiciones de sus mismos súbditos; mas no por esto desistió de su empeño ni desesperó de rescatar la villa que acababa de ser testigo de su mayor derrota. No le hizo desistir de su empeño ni lo infructuoso de su anterior campaña, ni el consejo de sus wacires, ni los avisos de la naturaleza, que un día antes de su salida cubrió toda la ciudad de sombrías nubes, hizo saltar de sus lechos el Genil y el Darro, arrastró gran número de vecinos por los torrentes y levantó tristes presentimientos en el corazón de cuantos pensaban en los futuros destinos de su patria. Salió ahora con trenes de artillería; y apenas llegó ante los muros de Alhama cuando empezó á batirlos con acierto y obligó á los cristianos á que se recogieran dentro de sus baluartes. Impaciente por llevar á cabo su empresa, no quiso esperar ni la luz del día siguiente para ordenar el asalto: llamó á su tienda á los más esforzados de su ejército, les habló con la energía que inspiran las pasiones, les pintó fácil la toma de la villa si con valor y prudencia sabían escalarla por la parte más escarpada y peligrosa, y los animó á realizar inmediatamente su proyecto aprovechándose de las tinieblas de la noche. El punto por donde quería que entrasen en la villa estaba defendido por tan profundo precipicio, que los sitiados no habían creído nunca necesario protegerlo con máquinas de guerra; pero aunque lograron de pronto sorprenderlo y hacerlo suyo, no alcanzaron más que ir á poner en alarma á los cristianos, siendo los más víctimas de su entusiasmo y de su arrojo. No pudieron entrar en la plaza sino sesenta; y aislados estos y abandonados á sus propias fuerzas, tuvieron que sucumbir ante el número de sus enemigos después de haber derramado raudales de su propia sangre. Entre éstos y los que fueron á morir en el hondo del abismo despeñados de las escalas que habían aplicado al muro, vió perdida Muley no sólo la

flor de sus guerreros, sino también su esperanza, reconoció sobre sí la mano de la fatalidad, maldijo con la mayor amargura su destino, y no vió otro medio de salvación que levantar el sitio y arrostrar de nuevo en Granada la cólera del pueblo. Forjó todavía otros proyectos: pensó proclamar la guerra santa y dirigir contra Alhama todas las fuerzas de su reino; mas tuvo que convencerse pronto de que estaba perdida y perdida para siempre. Los Reyes Católicos, por cierto aviso que recibieron de Merlo, convocaron á consejo á los capitanes de Andalucía más prácticos en los negocios de la guerra, y les pidieron parecer sobre si convenía ó no la conservación de Alhama. Oyeron la opinión de todos, y aunque vieron á muchos decididos á que se la desmantelara y abandonara por no ser posible guardarla sin grandes gastos é inmensos sacrificios contra las continuas invasiones que la amenazaban, hallábanse ya tan resueltos á no retroceder hasta que dominasen todo el reino de Granada, que lejos de arruinarla llevaron á ella hasta diez mil peones y ocho mil caballos y la tomaron como punto de partida é hincapié de su larga y peligrosa empresa. No era ya fácil volver á combatir: mucho menos ganarla.

Así lo comprendió Muley al saber que estaban en ella los Reyes, y mejor lo comprendió aún poco después, cuando empezó á alumbrar sus propios pueblos la antorcha de las guerras civiles y vió alzados contra sí á su esposa y á sus mismos hijos. Muley había contraído enlace por exigencias de familia con una prima suya llamada Aixa, mujer con quien había sido escasa la naturaleza en dotarla de hermosura, pródiga en darle resolución, valor, orgullo. Tenía ya de ella dos hijos, Boabdil y Abu-el-Haxig, cuando movido por los encantos de una cristiana cautiva á quien por su rara belleza llamaban los mismos moros Zoraya, lucero de la mañana, empezó á mirar con desvío á la arrogante Aixa y á consagrar sus tesoros y los más ricos salones de su alcázar á la sin par manceba. Amaba tanto á Zoraya que ni tenía para ella secretos, ni consideraba imposible ni difi-

cil nada que pudiese contribuir á divertirla de su tristeza. Preparábale de continuo fiestas y zambras, abríale hoy los jardines del Generalife, mañana los palacios de Aynadamar, llenos de estanques y poblados de alamedas; y en uno como en otro sitio no aspiraba sino á recoger de su boca los menores deseos para complacerse en cumplírselos y verla gozar, aunque no fuese más que por momentos, de paz y de ventura. Ofendió tanto con esto el orgullo de Aixa, que ésta, no ocupándose más que en la venganza, empezó á conspirar contra él llamando secretamente en su socorro á los abencerrajes, á esa fogosa tribu que tanto dió que entender á muchos reyes, y que aún conservaba en su pecho odios mal apagados y enardecidos sin cesar por ultrajes que les dirigía desde los piés del trono Abu-el-Cacim-Venegas, á la sazón primer ministro. Durante la segunda expedición contra Alhama no había cesado Aixa de seguir adelante su conspiración procurando inclinar los ánimos en favor de su hijo Boabdil; y á la vuelta de Muley la tenía ya tan adelantada, que creyó poder levantar sin peligro á los rebeldes.

Supo Muley, apenas llegó á la Alhambra, que iba alborotado el Albaycín, y mandó en seguida con acuerdo de Venegas prender y encerrar á Aixa y Boabdil en la torre de Comares. Logró al pronto sosegar el tumulto; mas no pudiendo prevenir ni evitar que Boabdil se escapase de noche con ayuda de los abencerrajes y los almaizares y las tocas de las doncellas de su madre, se vió á los pocos días amenazado tan de cerca por los rebeldes y parte del pueblo, que pudo difícilmente salvar la vida abandonando el trono, y corriendo á guarecerse en el castillo de Mondújar. Fué esforzado Muley hasta en la adversa fortuna: deseoso de reparar su afrenta, apenas pudo reunir quinientos soldados que le proporcionaron sus parciales, concibió la atrevida idea de rescatar por sí mismo su alcázar y su corte; fué en silencio á la Alhambra, aplicó una escala al muro, y fué el primero en dar el asalto. Degolló á cuantos encontró en los torreones y en las ricas estancias del palacio, bajó de repente á